

**Relatos escritos por Gonzalo Rodas Sarmiento,
pertenecientes al libro "Algunas de mis vivencias".**

Tierra Santa

Nuestra peregrinación con el padre Gustavo Ferraris comenzó en Tiberíades, junto al hermoso lago que nos acogió, lleno de vibraciones. Hasta nos internamos en el Mar de Galilea en una embarcación en la cual fuimos a dar una vuelta. Ése es el entorno que nos acompañó los primeros días.

Desde ahí, fuimos primeramente a Nazaret, ciudad árabe, con atochamientos de tráfico en calles angostas. Creo que fue al bajar del bus que perdí mi lápiz, sin darme cuenta. Después, no lo pude encontrar. Se quedó para siempre en Nazaret. Interpreté este hecho como un signo: una potente señal me estaba indicando que escribiera algo importante acerca de Nazaret. Por eso me puse todo lo observador que pude. ¿Sería algo de la sagrada familia? Pensé y pensé, hasta que recordé algo esencial. Siempre me ha parecido muy injusto el lugar que la historia le ha dado a San José, como si fuera un viejo decrepito sin importancia. ¡Ah! Supe ahí mismo..., escribiré para recuperar la figura de San José, pues ha debido ser un tipo extraordinario.

En uno de estos primeros días cambiaron la hora en Israel. El guía nos advirtió que adelantáramos los relojes en una hora. En un primer momento quedamos todos felices, dispuestos a adelantar el reloj en la noche, pero yo me quedé pensando... "qué raro... ¿adelantar? siendo Septiembre, acá están entrando al otoño... entonces... ¿acaso no corresponde atrasar el reloj?". Comunicué mi pensamiento a los demás, en diferentes grupos de conversación informal. No me acogieron. Lo hablé también en la asamblea de la noche, pero tampoco surgió alguien que estuviera de acuerdo, o que por lo menos haya tenido alguna facilidad para preguntar en el hotel, teniendo en cuenta que ninguno entendía el idioma.

Así las cosas, al día siguiente todos nos levantamos dos horas antes de lo necesario. A mí me dio rabia contra mí mismo, por no haberme atrevido a dormir dos horas más, ya que tuve miedo de que se fueran sin mí. Después, confieso que me dio un poco de pena, porque nadie se acercó para decirme "Tú tenías razón". En cambio, se descargaron contra el guía, en cuanto llegó a buscarnos.

Fuimos al monte de las bienaventuranzas, y volvió a mí el buen sentimiento. Vi que en la cumbre edificaron un templo, en el lugar en que supuestamente tuvo lugar el llamado Sermón de la Montaña, que en realidad no puede haber sido un solo encuentro, sino una gran cantidad de éstos. Tampoco creo que Jesús haya hablado a la multitud desde la cumbre hacia abajo. Nadie le habría escuchado nada. Es más, el verdadero lugar de los Encuentros de la Montaña yo lo traía inscrito como una imagen grabada desde siempre. Por eso, tengo la absoluta certeza de que el templo no está en el lugar correcto. Es así como siempre pintan a Jesús hablando desde el punto más alto. No puede haber ocurrido de esa manera. Ciertamente, Jesús ha tenido que elevar su palabra desde un bajo hacia una gradería natural.

Para buscar el lugar, tuve que escaparme a través de una alambrada. Caminé un poco en varias direcciones hasta que encontré el sitio exacto, tal cual como lo he tenido siempre en mi mente. No tengo idea cómo se grabó esa ubicación en mi, como un recuerdo remoto, pero... ¡encontrarla! fue tan impactante que me llené de alegría.

Esa vez, llegué tarde a la eucaristía que se oficiaba en el templo. De hecho, a esta peregrinación vine más por la naturaleza santa que por las frías basílicas.

Un paseo interesante fue el monte Tabor. Tiene forma de casquete esférico. En la parte alta el camino es tan angosto que el bus no puede subir. Esa parte del trayecto la hicimos en unos taxis. Lamenté que no subiéramos a pie. Arriba, el típico templo en la cumbre, ya que supuestamente en ese punto ha tenido que ocurrir la transfiguración. Sin embargo, supongo que ésa es una creencia ingenua. De todos modos, no tengo grabado en mí el lugar, como ocurre en el caso del otro monte. De alguna manera tendría que tratar de encontrarlo. No iba a ser fácil, pues aquí sí que estaba lleno de alambradas.

Estuve un rato conociendo la basílica, y las dos construcciones que estaban una a cada lado del templo principal. Seguramente son las dos chozas que los apóstoles querían construir, y que Jesús les pidió que no lo hicieran.

En cuanto pude me escapé de nuevo, sin que lo notaran, cruzando unas alambradas. Quería vivir el cerro mismo, en vez del cemento. En lo poco que pude recorrer, no encontré ningún lugar en que las vibraciones me dijeran algo. Por lo menos pude disfrutar el monte. También llegó a mi vista algo monstruoso. Un basural enorme, lleno de envases plásticos y otros desperdicios. En esa situación, preferí volver al cemento junto a los demás.

Fue triste dejar Galilea. Cruzando un pequeño desierto que me hizo recordar mi Atacama querida. La pasada por Jericó fue de gran interés, y muy pronto llegamos a Jerusalén.

Un poco más tarde nos tocó un bello eclipse de luna, antes del atardecer. Aunque no estaba oscuro, se alcanzaba a ver la luna en forma de aro blanco. Hermosísimo.

El camino a Belén está completamente en zona urbana, por lo que este pueblo es prácticamente una comuna. Y es árabe. La frontera estaba a mitad de cuadra.

Las coordenadas canonizadas que hay en Jerusalén no me daban sensación de lugares geográficos santos, sino sólo símbolos para recordar acontecimientos santos ocurridos en las cercanías. La excepción es una sobrecogedora gruta menor. Se llama "Santos Inocentes", pero ese nombre es antojadizo. Hay tumbas de personajes no identificados, y no se sabe si éstos fueron admirables, o si tal vez esa pequeña gruta corresponda al lugar donde nació Jesús.

En Jerusalén, el lugar antiguo más notable es una escala que se encuentra yendo hacia el Valle del Cedrón. Por ahí bajó y subió Jesús, más de una vez.

Conocimos muchísimos lugares relacionados con la vida de Jesús. Y, por supuesto, aprovechamos de ir también a otros sitios interesantes, como el Muro de los Lamentos, el Museo del Holocausto, el Mar Muerto, Masada.

Lo más notable que vivimos en Jerusalén fue el Vía Crucis por la Vía Dolorosa, de calles angostas con pocos escalones, donde ahora estaba el mercado. Con mi mujer nos tocó la sexta estación, la de la Verónica. Durante ese tramo me tocó llevar la cruz. El ambiente humano tenía cierta agresividad pasiva y tensa a lo largo del recorrido. Me sentí muy cercano a Cristo. Al final, llegamos a la Basílica

del Santo Sepulcro, que más bien debería llamarse Templo de la Resurrección. Creo que se le pondrá ese nombre cuando los cristianos nos unamos. Lo digo porque el templo estaba dividido en sectores: griego, armenio, católico, etíope, egipcio, y no sé si algunos más. Hasta los horarios de rezo de cada rama cristiana estaban reglamentados.

Este viaje fue un hito importante de mi vida.